

cial hacer beneficios, porque todos reciben por premio la ingratitud y que todo lo que pasa en el mundo es cuestion de ántes ó despues, ó más vulgarmente dicho, de pura casualidad. Pero si por pensamiento se entiende ó puede entenderse la idea que el autor tiene de realizar tal ó cual aspiracion, determinado experimento, entónces este drama encierra un pensamiento trascendental, inmenso, por más que sólo exista para el autor ó para los que están en su intimidad, ó para los que hayan adivinado sus propósitos. En este concepto, y nada más, concedemos un fin á la obra en cuestion, fin que ya no debe ser desconocido para el que esto lea, y sobre el que en otro lugar hemos dicho lo bastante para no insistir más en ello. Sólo diremos que fiel al propósito que desde el principio formó de ensayar los medios de implantar su original dramática, en esta obra tuvo á bien emplear los elementos románticos más exagerados; hilvanó el drama, que su fantasía se encargó de embellecer, y aguardó el resultado que no se hizo esperar. *Echegaray* vió claro lo que ya adivinaba y se creyó en posesion de medios poderosos y eficaces. Este es el único pensamiento que *Echegaray* concibió y el único que puede concedérsele á su obra, como dramática. Primeramente habia hecho alarde de sus fuerzas; luégo habia querido conocer la disposicion del público; despues... en otro lugar diremos lo que hizo despues; ahora, prosigamos nuestro asunto.

Aparte de esto, *La esposa del vengador* es, como dice

admirablemente Manuel de la Revilla — que la ha juzgado con más talento que ningun otro, — una obra de género romántico que se propone despertar en el alma del espectador aquella emocion intensa, mezcla de contemplacion y de sobresalto, de goce y de pena, que produce la violenta lucha de ideas, pasiones ó intereses, encarnada en una accion palpitante de interés, llena de sentimiento y de pasion fecunda en lances trágicos ó sorprendentes, y necesariamente terminada en sangrienta y temerosa catástrofe, realizado todo ello con las galas de la imaginacion poética, los adornos de la versificacion y las riquezas del estilo. La vida en su aspecto exterior y plástico, más que en sus íntimas profundidades, el sufrimiento en toda su exuberancia más que la razon en su frialdad severa; la fantasía en la plenitud de su desarrollo poético; el color predominando sobre el dibujo; la vida, el movimiento y la accion avasallando la idea; por teatro el corazon agitado por la lucha furiosa de los afectos; por medios la pasion y el interés; por fin las emociones del terror. Hé aquí el género romántico, extraño, quizás, al helado positivismo del siglo, refractario á los preceptos de los retóricos, por ventura ajeno en parte á la realidad y no muy conforme á lo verdadero, ni acaso á lo bueno; pero, siempre bello, siempre ideal, siempre seductor, siempre poético; que bello, ideal, seductor y poético es todo aquello que traspasando un tanto los linderos de lo real, pero sin perderse en los descaminos de lo imposible, eleva un momento el alma por cima de



la vulgaridad cotidiana, y hace sentir aquellos arrebatados impulsos, aquellos vehementísimos afectos, aquellas contemplaciones deleitables, nunca sofocados, sí á veces dormidos, en el espíritu, como reflejos de esos mundos ideales á que siempre aspiramos, y de los cuales son débil y lejana copia la idealidad que en nuestra mente vive, y recuerdo constante ese lazo que une lo ideal con lo real y que se llama arte.

En cuanto á la accion, se desarrolla con poco hábil conduccion, sacrificando ciertos detalles á los efectos. En el segundo acto, con mucho el peor de los tres, y en la primera mitad del tercero hay bastante frialdad y languidez; no así en los finales de los actos primero y tercero, y sobre todo en éste que es conciso, rapidísimo y de un efecto maravilloso. Hay que censurar con razon cierta repeticion de escenas, y el retraso con que la familia de Pacheco acude á favorecerle cuando están sospechando que de un momento á otro le encuentre Quirós y le mate, con lo cual muestra su inexperiencia *Echegaray*; esto, dejando aparte el que se ignore la situacion de Fernando respecto á la familia de Pacheco, su viaje á Oriente, el encuentro de las plantas maravillosas, el rápido enamorarse de Cárlos, su desmayo en el final del segundo acto y las cegueras de Aurora, detalles todos que pueden pasarse por alto, sacrificando la verosimilitud en gracia de las innumerables bellezas que el autor ha creado sobre ellos, aunque pudo crearlos igualmente sin tenerlos su, de todos modos, interesante drama, lleno de «idealidad po-

derosa y de llamaradas de potente genio que alumbran con poderosa luz sus más oscuros abismos.»

En *La esposa del vengador* no hay caractéres propiamente dichos, lo cual es un defecto de gran monta; casi todos están falseados, contradiciéndose y obrando en desacuerdo con el pensamiento del autor que quiso hacerlos aparecer como en realidad no aparecen, y, así es que, aquellos en que su inspiracion más se recreó, y á los que prodigó toda su atencion á fin de hacerlos simpáticos, resultan repulsivos y antipáticos, como se ve en Cárlos (1), imágen de las grandes ambiciones humanas, que no llega á su objeto sino merced á esfuerzos terribles, á violencias desesperadas, á traiciones tal vez; desventurado mancebo al que roe una zozobra como á Otelo y al que martiriza un remordimiento como á Cárlos Moor; á quien la venganza arrastra al homicidio, el amor á la falsía y al suicidio á la desesperacion; cuyo fin desastroso es vivo ejemplo de que no hay cosa en que el crimen y la traicion no merezcan castigo; que teme despertar de sus sueños como el Segismundo del drama de Calderon, y al que, aún abrazado al ídolo de sus amores, amenazan terribles los recuerdos, como, aún abrazado á la estatua de Minerva, amenazan las Furias á Orestes en la tragedia de Esquilo; sujeto á la alternativa de huir para siempre de la que ama con delirio, ó de aparecer á sus ojos como un sér execrable y odioso; que echa en cara

(1) Luis Alfonso.



á un amigo los beneficios que le hiciera, arrojándose á sus piés suplicante con humildad impropia del arrogantisimo soldado; que, con egoismo sin igual, priva á Aurora de que realice su deseo manifestado, en estos versos:

¿Es negra tu cabellera?  
 ¿Es bizarra tu apostura?  
 ¿Hay en tus ojos dulzura?  
 ¡Todo esto saber quisiera!

.....  
 Perdon, mi bien,  
 ya lo sé; mas con saberlo  
 no me basta... ¡quiero verlo!

No es mejor, Fernando, sabio mal dibujado, que cree posible convertir la gratitud fraternal en pasión amorosa, innoble porque causa daños á su amigo sin esperanza de obtener ningun beneficio; ignorante si espera alcanzarlo; y egoista, infamemente egoista, cuando exclama:

¡No verá á Lorenzo, no;  
 no verá la luz del día;  
 vivirá en noche sombría  
 como siempre vivo yo!  
 ¡Que aprenda Aurora á sufrir;  
 que no llegue nunca á ver;  
 y que agote el padecer  
 de anhelar sin conseguir!

Estos dos personajes importantísimos de la obra, son repulsivos, y ni son tipos como los ideara el autor,

ni dejan de serlo en ocasiones, en cuya falta de constancia consiste precisamente la falsedad de sus caracteres. En cambio, seamos justos, están bien marcados y distintos Pacheco y Parreño, algo ménos Juana, debiendo estar mucho más, pero estos tres por su insignificancia relativa sólo resultan medios caracteres, por no haberse detenido el pintor á hacer rasaltar y sostener los tonos de estas figuras.—Aurora, la creación del drama, es bella sobre toda ponderación. Tipo dulcísimo y delicado «que ama, que siente, que es feliz... pero ciega, emblema delicadísimo del sentimiento puro que há menester para vivir en la tierra, no ver sus miserias, sus bajezas y sus crímenes; símbolo también del alma que casi siempre para ser feliz necesita una ilusión, un engaño, y que al conocer la realidad, conoce la desdicha.»

En la forma, en el estilo y lenguaje de esta obra, *Echegaray* es como en todo, grandioso y pequeño; selva inmensa que encierra gigantescos árboles y matas que se agarran al miserable suelo. En *Echegaray* el buen gusto, convertido en regla constante de elegir entre lo bello y lo deforme, no existe. El gran defecto de este autor está en desconocer el lirismo *lírico*, si se permite la frase, y el lirismo dramático. Consiste el lirismo dramático en esos rasgos de inspiración propios de la situación en que se encuentra el personaje, de tal modo, que todo cuanto diga sea hijo de su situación, de sus hechos, de sus pasiones. Así nada hay que más disuene y más disguste que las divagaciones que el autor pone en



boca de ciertos personajes, cuando sus frases debieran ser cortas, concisas, nerviosas; nada hay que más desagrada que esa abundancia de comparaciones con los objetos más extraños, en lo cual *Echegaray* peca como el que más.

El cráter de un volcan, la hirviente lava, el azul del cielo, los cielos encapotados, la rota arista, las nubes, el sol, la caña, el rio, la selva, el mar, el huracan, el negro velo de la noche, el crepúsculo, el monte cubierto de nieve, y otros que nunca acabaríamos de copiar son frases ó términos que emplea *Echegaray* en todas sus obras. Con ellos escribe parlamentos y diálogos abundantes de lirismo, que no es dramático, que podria servir de poesía lírica y que se aplaudirian, pero, que en un teatro no se puede soportar; y otros, bellos, inspirados, salvo tal ó cual incorreccion, en lo que tampoco es muy escrupuloso.

Reprochando el cariño de hermano que concede Aurora á Fernando, enamorado perdidamente de ella, exclama:

¡Al que se abrasa de amor  
tenderle helada la mano!  
darle cariño de hermano  
como afrenta á su dolor!  
¡limbo sin gloria ni afan  
el paso cerrando á un cielo!  
¡torpe barrera de hielo  
en el cráter de un volcan!

Hé aquí cómo pinta Parreño la muerte del pa-

Esto es falso.

dre de Cárlos y la actitud de Pacheco, su matador:

En sangre tinto el acero,  
al aire lo sacudió  
con fuerte brazo Pacheco;  
salpicó la roja lluvia  
esa verja y este suelo,  
y que Dios me lo perdone,  
pero muchas veces creo  
que esas manchas que la imágen  
(Señalando el Cristo.)  
muestra al costado derecho,  
de aquella sangre son gotas  
que sobre el Cristo cayeron.

Buena pintura de un amor no correspondido:

FERNANDO. ¡Siempre hay calma en la mirada  
de aquellos ojos de cielo!  
Siempre que oprimo su mano  
encuentro su mano fria.  
Siempre que la llamo «mia»  
ella me llama «su hermano.»  
Lloro y llora... sin pasion;  
rio, y rie... sin delirio;  
¡ó no entiende mi martirio,  
ó no tiene corazon!

Escena admirablemente escrita y pensada, acaso la más igual de la obra, es la sexta del acto segundo, entre Cárlos y Aurora. En ella todo es bello, los sentimientos de Aurora, las luchas de Lorenzo, el amor sentido



tiernamente por aquélla y pintado con pasión por éste. Amanerada, poco teatral y muy lírica es la pintura del viaje de Fernando al Asia en busca del específico que devuelva la vista á Aurora. El mismo Fernando se contradecía palmariamente en esto:

ACTO PRIMERO, ESCENA V.

El humano corazón  
pasa del odio al cariño,  
pero de ese amor de niño  
jamás nace una pasión.

ACTO TERCERO, ESCENA III.

Y después que muera en tí,  
dulce prenda de mi vida,  
tu amor por Lorenzo, dí,  
¿tendrás, Aurora querida,  
algún amor para mí?

Baladronada y humillación ridículas las que pone en boca de Carlos el autor:

CÁRLOS. ¡Yo! Don Carlos de Quirós,  
de Italia espanto y de Flándes,  
yo el más grande entre los grandes,  
¡perdon te pido por Dios!

Frase necia resulta en boca de un sabio el decir:

Mi ciencia, que al fin no es mucha,  
fuera ciencia de pedante,

si tú, con ser ignorante,  
vencieres en esta lucha  
de amor.

¿Cómo retratan el dulce y amoroso carácter de Aurora estos versos:

El primero amarme mucho  
con todo su corazón.

.....

El segundo... yo no sé;  
pero pienso por mi fe  
que es amarme todavía.  
El tercero... y los restantes...  
y todos en conclusión,  
resulta que al cabo son  
los mismos que fueron antes.  
Y hallamos ¡bondad divina!  
hecho ya nuestro recuento  
que sólo hay un mandamiento,  
del amor, en la doctrina.

¡Qué bien pinta Carlos su valiente y amorosa pasión en aquel tercer acto!

Es en resumen, *La esposa del vengador* un magnífico y poderoso alarde, abundante en bellezas, no exento de errores, y notable por todos conceptos, habiendo servido para probar que *Echegaray* es capaz de tratar este género con entera confianza en el resultado, que es el que más se adapta á sus calidades poéticas, y uno de los medios más poderosos para la realización de sus fines. Los tropiezos ó caídas poco ó nada significan, cuando al fin de la jornada se puede levantar con orgullo



la cabeza y, mirando atrás para contemplar tanto obstáculo vencido, tanta dificultad superada, tomar aliento y bríos para continuar por una senda, si no libre de peligros y erizada de amarguras, tampoco privada de satisfacciones y triunfos y á cuyo remate se divisa la gloria, tanto más grande cuanto más lejana y de difícil consecucion.

Verdad es que, para no desmayar y confesarse vencido, es necesario poseer un alma bien templada, con las virtudes morales que son indispensables á toda empresa ardua, la fe, la esperanza, la constancia y la firmeza; una inteligencia superior y un genio, para el que el único placer consista en la lucha, que huya de los triunfos fáciles, de las impresiones vulgares y ame lo imposible, proponiéndose su anulacion y marchando contra todas las corrientes hácia él desatadas.

Las obras grandes llevan en todas sus partes el sello de su grandeza; grandes son sus primores, grandes sus defectos, grande su intencion, y grande su fin; cuando llegan á lo alto, el espacio que abarcan es inmenso; cuando descienden, se ocultan á la vista en las profundidades del abismo; si caen, es de una manera formidable, espantosa, y muchas veces para no levantarse; cuando mueren, nacen á la vida de la historia, de la fama, del universal recuerdo, y dan á sus autores algo de su grandeza que los abrumba ennobleciéndolos, que los hace superiores á otros seres y más que ellos dignos de perpetua alabanza, de general aprobacion, de inextinguible gloria.

## CAPÍTULO V.

Ensayo los elementos realistas.—*La última noche.*

El 2 de Marzo de 1875 se representaba en el teatro Español un drama en verso de *Echegaray* titulado *La última noche*.

Hé aquí su argumento.

*Acto primero.* D. Cárlos, banquero ambiciosísimo, materialista y aficionado á los goces sensuales, se halla establecido en Madrid teniendo en su casa á Teresa, su mujer, á D. Juan, cajero de su Banca, á la hija de éste, Elena, de la que se halla voluptuosamente enamorado, y á Alfredo, hijo suyo y al principio de la accion ausente. En una de sus aventuras financieras ha comprometido en una conspiracion á Ernesto, hijo del cajero D. Juan, al que ha abandonado infamemente, siendo causa de su muerte. Ernesto, hallándose en capilla, ha escrito una carta en que descubre la infamia de D. Cárlos, cuya carta ha ido á parar á manos de Doña Teresa, la cual se la muestra á su marido para conseguir de él, en lo posible, que repare los muchos da-